

»Se llamaba también, y de quien eres,
Como torno á decirte, fiel retrato),
Al tiempo de volver el cuerpo y rostro,
Un salero volcó sin repararlo.

»Nótanlo todos; y las dos señales,
Funestas en Castilla, asombro helado
Dieron al corazón de los presentes,
Como silencio fúnebre á sus labios.

»Gustios, aunque tan grande en fortaleza,
Tembló también, y no alentó; y pasmado
Miró al bueno y fiel Nuño, cuyos ojos
A la muda pregunta se arrasaron.

»Yo alcéme pronto, y sin saber qué hacia,
Cogí el volcado escudo, y con mis manos
Lo torné al alto sitio... El cielo ahora
Me descubre también que fué presagio.

»El uno de mis moros, el que era
En las ciencias ocultas extremado,
La hora y el día en que nació el mancebo
Preguntó, le pidió la diestra mano,

»Y en su palma observó ciertas señales,
Misteriosas palabras murmurando.
Todos en derredor con gran silencio
Y gran curiosidad nos agolpamos;

»Pero él, mudada la color del rostro,
Clavó la vista en el garzón gallardo:
No osó pronosticar: sacó del seno
Una bolsa de cuero y de recamos,

»Y de ella un pequeñuelo pergamino
Con signos cabalísticos marcado:
Se lo dió, y le encargó tenerlo siempre
Sin jamás de su cuerpo separarlo.

»Sonrióse el jóven, pero cuerdo el padre
Admitiólo cortés; mientras mostraron
En la faz los que en torno se encontraban,
Disgusto insultador, desprecio amargo.

»Un peregrino que asistió á la mesa
Griego, según el traje, penetrando
Hasta do estaban Gustios y sus hijos,
Desprendióse del cuello un relicario,

»Que una astilla de leño contenía,
Imperceptible casi, y con extraño
Lenguaje prorumpió: *Dios me concede
A la hospitalidad mostrarme grato.*

»*De tu sangre te guarda, hermoso jóven,
¡Una gran fiesta abortará mil daños!...
Suelta el vil talisman, toma esta prenda,
Que es prenda santa y te dará su amparo.*

»Dijo, y colgóla al pecho del mancebo,
Quien reverente la llevó á los labios;
Y con gran devoción, al verla, todos
Humildes á adorarla se postraron.

»Mas ¡ay! ni al talisman ni á la reliquia
En nuestros pechos reponer fué dado
La dulce calma y plácido contento,
Que á la par del broquel se desplomaron.

»Ya era Salas mansion desapacible
Por tal suceso, y porque á paso largo
Con nieve y lluvias avanzó el invierno;
Y á la corte de Burgos regresamos.

»A poco tiempo celebró sus bodas
El noble Rui-Velazquez, un hermano
De la esposa de Gustios, y orgulloso
Ostentó en ellas su grandeza y fausto.

»Era el tal Rui-Velazquez el caudillo,
Que falto de experiencia, aunque bizarro,
Llevó á la muerte al conde don García,
De Castilla el valor desperdiciando;

»Pues jóven, sin consejo ni experiencia,
A Gustios antepuesto, el sumo mando
Logró obtener en la postrer campaña,
Por ser lucido y diestro cortesano.

»Y como al mismo ejército y pendones,
Que él con todo el poder de los cristianos
No pudo resistir, venció en seguida
Con tan escasa hueste su cuñado;

»De envidia lleno el corazón maligno,
Le detesta feroz, pues los aplausos
Que tributó Castilla á la alta hazaña,
Los juzga de su honor en menoscabo.

»Al verle con doña Ava y el Ulema
El cetro gobernar del conde Sancho,
Premio digno al valor con que á su patria
Salvó glorioso del postrer estrago;

»Arde en saña su pecho, y sólo anhela,
Bien que escondiendo su furor insano,
Al héroe derribar, que á su derrota
Dió noble enmienda con robusto brazo.

»Trató su enlace pues con doña Lambra,
Dama de gran linaje y rico estado,
Aunque hermosa y gallarda, altiva y fiera,
Y no en la flor de los primeros años.

»En el templo de Burgos fué la boda,
Con pompa y con magnífico aparato,
Y magníficos fueron los convites,
Los festejos, las danzas y saraos.

»Gustios de Lara con los siete Infantes
Asistió, de Velazquez siempre al lado,
Y él, y sus hijos, y sus deudos todos
Ricamente á los novios regalaron.

»Las extremas caricias, los obsequios,
Los elogios sin cuento y los abrazos,
Que estaban Rui-Velazquez y los suyos
A Gustios y á sus hijos prodigando,

»Fueron entónces tales, que mi pecho
Con sospecha y temor atribularon;
Pues los que aborreciendo, tanto halagan,
De saciar su furor están cercanos.

»—Los deudos de la novia una gran justa
En la plaza de Burgos convocaron,
Empresas y ropajes dispusieron,
Cotas, paveses, lanzas y caballos.

»De doña Lambra primo Alvaro Sanchez,
El montañés gigante apellidado
Por su vigor y prócer estatura,
Era el mantenedor con otros cuatro;

»De lanza á lanza sostener debiendo
Con cuanto guerreador viniese al paso,
Que ninguna á la novia aventajaba
En sangre ilustre, en hermosura y garbo.

»Publicóse el cartel á media noche,
Y se fijó en las puertas del palacio,
De cien antorchas á la roja lumbre,
Al són de trompas y á la voz de heraldos.

»Hirvió la sangre juvenil, ardieron
Los nobles pechos de los siete hermanos,
Y ya gozosos entre sí trataban
De armaduras, divisas y penachos;

»Cuando el sesudo padre en mi presencia,
Y del discreto Nuño aconsejado,
Los reunió y abrazó, y afable y tierno
Así les dijo con prudente labio:

»*Hijos, templad vuestros fogosos pechos,
No requirais las armas y caballos,
Que no es para vosotros esta justa,
Y no debeis en ella presentaros.*

»*Sostener de su esposa la belleza
Y la alcurnia, á vosotros no ha encargado
Vuestro tío Rui-Velazquez: los parientes
De ella la empresa toman á su cargo.*

»*Ajeno es de vosotros combatirla,
Dejad que la combatan los extraños:
Sed sólo espectadores de una lucha,
En que fuera perder, ganar el lauro.*

»*No, no es para vosotros, hijos míos...
¡Ay!... ¡Aquel peregrino!... ¡Los presagios!...
Parte no tomareis en la tal fiesta:
Si no basta mi ruego, yo os lo mando.*

»Dijo el padre, y quedaron los mancebos
Con la impaciencia de corcel gallardo
Que va suelto á arrojarse á la carrera,
Y le contiene la prudente mano.

»Llegó el día fatal: la extensa plaza
Inundó ansioso pueblo, y por tablados,
Antepechos, terrados y barreras
Fuése á la luz primera acomodando.

»En un balcón, donde de seda y oro
Descollaba un dosel, el conde Sancho,
Su madre, el arzobispo y el de Lara
Los supremos sillones ocuparon;

»Y en el opuesto frente, los esposos,
De joyas y de plumas adornados,
Un espacioso corredor, vestido
De yerba y flores, y de emblemas varios.

»Por séquito llevaban veinte pajes,
Escuderos y damas, diez hidalgos
Eran su escolta, y deudos y parientes
En derredor con ellos se asentaron.

»De allí no muy distante honrado puesto
Yo con los míos ocupé, y al lado
Caballeros leoneses lo tenían,
Extranjeros ilustres y prelados.

»Los siete Infantes, con lucidas galas
Y con gallardas plumas muy bizarros,
Andaban recorriendo entre el bullicio
La extensa plaza, pórticos y andamios;

»Y cada cual, al punto del despejo,
Segun su inclinacion se fué buscando,
Escaso asiento junto á alguna hermosa,
Y en la barrera lo encontró Gonzalo.

»Se asordó el viento con los recios sonos
De timbales y trompas; los heraldos
El cartel y las leyes de la justa
De nuevo en alto acento pregonaron;

»Y los mantenedores á la liza,
De pajes y padrinos rodeados,
Ceñidos de magníficos arneses,
Salieron en fortísimos caballos.

»El gigante orgulloso, Alvaro Sanchez,
Sobresalia entre los otros cuatro,
Como alta torre entre los altos muros,
Una fornida lanza manejaudo.

»Luengas espadas ostentaban todos,
Anchos escudos, y pendiente al lado
Del dorado borren la fuerte maza,
Y por empresa un sol, rey de los astros.

»El combate empezó: lances diversos
En él hicieron caballeros varios.
Allí dos de Alafranc y dos leoneses
Con la espalda midieron el estadio;

»Y cuantos guerreadores en la arena
Conquistar intentaron aquel paso,
Las lanzas rotas, los corceles muertos,
Vencidos fueron y por tierra echados.

»Aunque de los que el puesto mantenian,
Tambien cayeron á su vez los cuatro;
Vengólos Alvar Sanchez, que invencible
Derribó fuerte cuanto vino al campo.

»No era noble y gentil su continente,
No diestro se mostraba ni gallardo;
Pero era emblema de la fuerza, estaba
Más firme que los toros de Guisando (24).

»La torre de Carrahola (25) parecia,
Cuando la tempestad la embiste en vano,
Y en ella el huracan embravecido
Se estrella, ronco de furor bramando.

»Doce conquistadores ya vencidos,
De arneses, mallas, plumas y penachos,
Y de astillas y sangre la ancha plaza
Toda cubierta estaba, y al ocaso

»Se retiraba el sol. En la ancha arena
A Castilla y al orbe provocando,
Los cinco justadores persistian
En ocio por la falta de contrarios.

»Alvar, enardecido y orgulloso,
Ronco gritaba así de cuando en cuando:
*¿No hay ya quien ose combatir conmigo?...
Salga el que no me tema, aquí le aguardo.*

»Mas como nadie á responder saliese,
Para dar diversion al vulgo vano,
Un juglar que servia á doña Lambra,
No sé si malicioso ó mentecato,

»En quien tenia su privanza ella
Por regocijador de su palacio (26);
Dejando el escabel de su señora,
Do el tiempo habia de la justa estado,

»Bajó á la plaza, del bonete rojo
Los gruesos cascabeles repicando,
Y de su traje de botarga haciendo
Ostentacion con gestos y con saltos,

»Empezó á recorrer la extensa liza,
Una hinchada vejiga atada á un palo
Revolviendo en el aire, ó ya con ella
El suelo y los puntales golpeando.

»Fué universal la risa: le tiraban
Bollos, frutas, confites; y él, ufano,
Ya afrentaba insolente á los vencidos,
Ya daba al vencedor necios aplausos.

»Al pasar inmediato al antepecho,
Do sin mirarle hallábase Gonzalo,
Haciendo contorsiones y figuras,
Prorumpió así con atrevido labio:

*¿Qué tal, qué tal, mancebo? Allí no hay trampa,
Ni gallardías, ni impotente garbo:
Todo allí es corazón, y todo es puño,
Y los ojos cerrar, y dar trancazos.*

*«Mi alma con la suya... Dios nos libre
De que enarbole en contra nuestra el brazo:
No es un galan de alcorza... Dijo y fuése,
Cabriolas mil y carcajadas dando.*

»Furioso á castigarle se arrojara,
Encendido de cólera Gonzalo;
Pero respeto al padre le contuvo,
Y alzóse de su puesto despechado,

»Cuando al llegar á un corro en otra parte,
Oyó decir á un labrador anciano:
*Ya no se halla en Castilla quien compita
En fuerza y en poder con ese hidalgo.*

*«Es un jayan, repuso otro del pueblo,
Que pudiera de un soplo hacer pedazos
La mezquita de Córdoba. Los Laras
Lo aciertan con estarse en los andamios.*

»Prosiguió el labrador: *Muy bien han hecho,
Aunque hubieran salido del engaño
De que son invencibles. Otro dijo:
Harta disculpa tienen, son muchachos.*

»Colmóse la medida, ardió en el pecho
Del jóven un volcan, y rebramando,
Ni vió más, ni oyó más; y del concurso
Y de la plaza huyóse sofocado.

»Mas nadie lo notó. Los justadores
En inaccion siguieron grande rato,
Y ya el vulgo impaciente se mostraba
Del vil juglar y de sus chistes harto;

»Cuando las huecas trompas y timbales
Con general contento resonaron,
La llegada anunciando de un guerrero
Que viene á combatir. Por los tablados

»Cundió el rumor confuso de gran pueblo,
Que se fué nuevamente acomodando,
Y que hundióse en silencio al punto mismo
Que el nuevo guerreador entró en el campo.

»Toscas vulgares armas, ni áun lucientes,
Sin plumas ni labores pobre casco,
Calada la visera, y un escudo
Liso, sin mote, ni blason, ni ornato,

»Sacaba el caballero, y en la cuja
Una lanza de guerra, y un caballo,
No de tendida crin y noble aspecto,
Aunque ligero y dócil al bocado.



»Del peto y espaldar hebillas varias
Sin abrochar estaban demostrando,
Que acababa de armarse á toda prisa,
Como todos al punto lo notamos.

»Eran tales su gracia y gentileza,
Tanta la habilidad, soltura y garbo
Con que regía el pisador, y tales
Su noble talle y cabalgar gallardo;

»Que adiviné quién era en el momento,
Y todos ó los más lo adivinaron.
Mas por aquel instinto que resalta
Siempre en la muchedumbre, no hubo un labio

»Que imprudente su nombre pronunciase,
Y fué el silencio universal, tornando
Todos la vista hácia el señor de Lara,
Que escondió el rostro con entrambas manos.

»Yo miré á Rui-Velazquez, cuyos ojos
Ardieron de furor, y con recato
Habló algunas palabras al oído
De doña Lambra, que su faz turbaron.

»Dió el caballero en torno á la estacada
Un airoso paseo, acreditando
Quién era más y más, y haciendo pruebas
Del poder y obediencia del caballo;

»Y parándose en medio, en voz sonora
Pidió con Sanchez combatir. Negado
Por los jueces le fué, por no ser Sanchez
El que debía sostener el campo,

»Pues ántes de su turno, lo tenían
Para entrar en la lid dos de los cuatro.
La ley fué obedecida, y presentóse
Aquel á quien tocaba, muy ufano;

»Pero apenas salió, vióse en la arena
Con potro, escudo y lanza derribado,
Al choque del incógnito, que mudo
Tornó á ocupar su puesto á lento paso.

»Salió el segundo, las primeras lanzas
Valiente resistió de brazo á brazo:
No fué tan venturoso en las segundas,
Y vencido cayó del potro abajo.

»El pueblo lleno de sorpresa estaba,
Faltándole la voz para el aplauso,
Porque ve con pavor llegado el punto
De que éntre el fuerte Sanchez al estadio.

»Cubierto estaba de sudor y espuma
El corcel del incógnito. Saltado
Habian las hebillas de su almete:
Gritale el pueblo: *Toma otro caballo.*

»Mas él nada responde; y firme espera
A Sanchez, que en la plaza entró bizarro,
En un morcillo que la llena toda,
Y la estremece al golpe de sus cascos.

»¡Ay!... yo ví entónces del señor de Lara
Demudarse la faz, y ví bañado
De amarga risa el pérfido semblante
De Velazquez tambien, y que la mano

»Tomó á su esposa, y que miró á los suyos,
Desprecio y confianza demostrando,
Mientras la muchedumbre en gran silencio,
Ni áun osa respirar de miedo y pasmo.

»Sonó el clarín, partieron como flechas
Sanchez y el caballero; se encontraron,
Y en el opuesto escudo cada lanza
Tocó, dió lumbre, y resbaló, dejando

»Honda señal. Los potros revolviéron,
Ambas picas rompiéronse en pedazos:
Continuaron con otras el combate,
Y pretal con pretal al fin se hallaron.

»El corcel del incógnito el empuje
Sufrir no pudo del corcel contrario;
Dobló las piernas, y en la ardiente arena
Los corvejones estampó. A espolazos

»Sostúvolo el jinete, y como el viento
Le hizo arrancar, y separarse á saltos.
Sanchez buscó otro choque; mas no era
Tan diestro en el manejo del caballo

»Cual su competidor, que lo evitaba
Con gran saber, y que le dió á soslayo
Un duro bote, que abollóle el peto,
Sin que el broquel pudiese repararlo.

»Entónces advirtiendo Alvaro Sanchez,
Que un solo broche sujetaba el casco
Del justador, dirígale la punta
Con tanta furia y con acierto tanto,

»Que dejó descubierto el rostro hermoso
Del noble mozo, del gentil Gonzalo,
Quien en furor ardiendo, la cabeza
Con el escudo esconde, y como un rayo,

»Acomete al jayan á todo trance,
Por tierra le derriba, retumbando
La plaza toda al ponderoso golpe;
Y ensordécese el viento con aplausos.

»Apénas el gigante tocó el suelo,
Púsose en pié, denuestos vomitando
Contra su vencedor, y con gran furia
Desenvainó la espada. Sosegado

»El jóven reclamó las condiciones;
Píde lo mismo el pueblo en gritos altos,
Y todo es confusion. Luégo á la arena
Los jueces descendieron de su escaño,

»Y declaran que está Sanchez vencido,
Y que el conquistador debe en el campo
Aún con los otros dos mantenedores,
Cual previene el cartel, seguir lidiando.

»No sin dificultad plegóse Sanchez:
Tal vez alguna seña del airado
Velazquez le obligó. Tornó á su puesto,
Y otra celada se ciñó Gonzalo.

»El caballero á quien tocaba el turno,
Fué á cabalgar; mas por su bien faltaron
De su corcel las cinchas, accidente
Que dió á la fiera lid corto intervalo.

»En el cual doña Lambra la orgullosa,
De acuerdo con su esposo, y deseando
Su furor desahogar: *Anda*, le dijo
Al bufon, que á sus piés habia tornado,

»*Anda, y hazle una afrenta á ese mancebo
La que encuentre mayor tu ingenio claro.
Hazla pues sin temor, y á mí te acoge;
Mi respeto y poder serán tu amparo.*

»El escabel dejó de su señora
El juglar, y en la plaza á corto rato
Se presentó, con nuevas contorsiones,
Aunque escondiendo entre sus ropas algo.

TOMO I

»Se acercó al vencedor, y con despejo,
Muy bien lo has hecho, dijo, ¡bravo! ¡bravo!
Mas yo quiero tambien justar contigo:
Esta es mi lanza... ahí va... guarte, seo guapo.

»Y un verde cohombro tinto en fresca sangre
Le tiró al rostro, con fealdad manchando
Todo el arnés, y huyóse á gran carrera,
Dejando al pueblo todo horrorizado.

»Es esta accion mirada allá en Castilla
Por la afrenta mayor (27): tal que el hidalgo
Que al agresor no mata al mismo instante,
Queda en infamia eterna sepultado.

»El ilustre mancebo ardiendo en ira
Se arroja en pos del vil que hácia sus amos
Rápido vuela; tírale la lanza
Al punto en que trepaba á los andamios.

»Y de la espalda al pecho atravesóle,
De modo que sin vida en el regazo
Cayó de su señora, con su sangre
Veste, brazos y pechos salpicando (28).

»Pálida doña Lambra un alarido
Lanzó, y vencida de letal desmayo,
Cayera del sitial, si no encontrara
De sus dueñas y damas con los brazos.

»Velazquez furibundo ronco grita:
Llegó el momento, ¡á la venganza, hidalgos!...
Muera, muera. Y con todos sus parientes
Ciego se arroja dentro del estadio.

»Al jóven vencedor cercan al punto,
De otros muchos seguidos, sus hermanos,
Y los estoques de festejo y gala
Desnudos centellean por el campo.

»Cunde la confusion, suenan las trompas,
Gritan los jueces; su gritar es vano:
Tira su cetro en medio de la arena,
Y es hollado y no visto, el conde Sancho.

»Se asustan las mujeres, y los niños
Contra el seno escondiendo entre los brazos,
Huyen y dejan la confusa plaza:
Tiemblan y huyen con ellas los ancianos.

34